



VIZCONDE Y VIZCONDESA DE SAINT LUC

*Acerca del matrimonio de Paulette
o una buena pareja modernista*



Ediciones
Irreverentes

ALBERTO Y SARA
VIZCONDE Y VIZCONDESA DE SAINT LUC

ACERCA DEL MATRIMONIO
DE PAULETTE
O UNA BUENA PAREJA MODERNISTA

Colección Incontinentes
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Alberto Sánchez Insúa y Sara Sánchez Rivas, del prólogo, traducción y edición crítica

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Mayo 2010

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-61-3

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

PRÓLOGO DE
ACERCA DEL MATRIMONIO DE PAULETTE
○
UNA BUENA PAREJA MODERNISTA

Recuerdos de la Señora Vizcondesa de Saint Luc
En el Castillo de Garaye (Loiret)

Traducción, edición y notas de sus sucesores
ALBERTO Y SARA
Vizconde y Vizcondesa de Saint Luc

Ahora que las guarradas de todo orden están de moda —lean si no *Zonas húmedas* de Charlotte Roche— descubrir una obra como *Acerca del matrimonio de Paulette o Una buena pareja modernista* es casi una obligación inmoral. Nuestra Paulette no sólo deja en mantillas a todas las zonas húmedas que en el mundo han sido, sino a clásicos de la pornografía como los *Diálogos* de Aretino, *Las memorias de una cantante alemana* de Wilhelmine Schroeder Devrient, y *Gamiani o dos noches de placer* de Alfred de Musset. Todos ellos, incluidos algunos libros salidos de las mismas prensas del editor de Paulette, como *The Pearl*, *Les exploits d' un jeune Don Juan* de Apollinaire, *Femmes* de Verlaine o *Lesbia maîtresse d'école* de E. D. son, comparados con Paulette, cuentos de Perrault. Ni siquiera el divino marqués de Sade, se hubiera atrevido a tanto, ni mucho menos la monja ursulina con pantalones que fue Leopold Sacher-Masoch.

Hay libros que sólo pueden leerse con una sola mano. Mucho nos tememos que nuestra Paulette no es de esos. Pasarse de rosca tiene a veces funestos resultados y no estamos muy seguros que esta obra

«ponga» a sus lectores. Al menos a nosotros no nos pone pues, como vizcondes que somos, estamos muy curtidos. Ya se sabe que la nobleza, amén de ociosa, siempre fue in-noble.

Desde luego que nada tan guarro como Paulette, nada tan irreverente y tan trasgresor. Catálogo de perversiones, no las tiene todas. Están ausentes las derivadas del sadomasoquismo y de la homosexualidad masculina. Pero en lo referente al resto es muy completo. Tal vez por eso su editor ocultó celosamente su naturaleza. Veamos por qué.

Tras la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano en 1789 desaparece en Francia la censura previa, pero en aquellos casos en que la ley determinaba abuso de la libertad –y la pornografía era uno de ellos– caía sobre los infractores el peso de aquella ley que acababan de vulnerar. Este nuevo tipo de censura, «censura punitiva» fue un temible dogal para libreros e impresores de todo el siglo XIX y principios del XX. Pero pronto los editores de los textos más audaces, aprendieron a sortear el obstáculo. Razones de prudencia les llevaron a instalarse en Bélgica y a inventarse falsas direcciones en Ámsterdam y Londres. Es más, la producción clandestina de una veintena de novelas eróticas utilizó falsamente entre 1893 y 1921 el nombre de la ciudad de Québec como lugar de impresión. De la misma forma diez y nueve títulos fueron falazmente alumbrados en Montreal por un enigmático personaje, G. Lebaucher Libraire-Éditeur; y entre ellos, nuestra Paulette. Este pudibundo seudónimo ocultaba el auténtico nombre de Elías Gaucher que editó numerosas obras entre 1898 y 1925. Muchas de ellas lo fueron en francés, pero otras utilizaron el inglés con la mención Printed for the Erotica Biblion Society of London and New York. El más importante de todos fue la colección anónima, *The Pearl. A Journal of Facetiae and Voluptuous Reading* en tres volúmenes s.l., s.n., s.d. editada realmente en París por Gaucher v. 1900.

Pero más importantes para nosotros son las editadas en francés. La lista es interminable, pero sólo nos fijaremos en nuestra Paulette y otras obras de la misma «autora», Mme. La Vicomtesse de Saint-Luc *Fleurs de chair* y *Liqueurs et parfums des importantes fabriques de Lesbos, Cytethère et Gomorre*. Naturalmente todas figuran impresas por G. Lebaucher en Montreal.

¿Fue realmente esta la primera edición de Paulette? Tal vez no. En el año 2006 se subastó en Christie's una edición de 1909. La sala de subastas, en la información del lote, indicaba que se trataba de la tercera edición de la original, publicada en Ámsterdam en 1893 por Auguste Brancart. Falsedades, todo falsedades. La edición que nosotros manejamos va a misa, cosa nada rara porque Paulette es, según confesión propia, muy religiosa.

Entre las muchas supercherías está sin duda el nombre de la autora. Mme. la Vicomtesse ¿era realmente una mujer? No somos capaces de afirmarlo. Es más, comparte portadilla con una enigmática Mlle X*** del Théâtre Français que nos regala con el párrafo de encabezamiento. Nosotros, en la medida que sus sucesores, hemos buscado denodadamente la genealogía de los Saint-Luc, pero nuestro éxito ha sido nulo. Hay, desde luego, algunos Saint-Luc en Bélgica, Canadá y Francia, pero son nombres de municipios, no de vizcondes ni nada que se les parezca. Existe también el castillo de la Garaye, donde Paulette pretendidamente escribió su famoso opúsculo, pero fue morada de los condes de la Garaye y actualmente está en ruinas.

Así que, ya hartos, hemos decidido no investigar más y dar a las prensas *Acerca del matrimonio de Paulette o Una buena pareja modernista*, para regocijo de propios y extraños y flagelación de guarros impenitentes con o sin sotana. Que así sea.

ALBERTO Y SARA, VIZCONDES DE SAINT-LUC

ACERCA DEL MATRIMONIO DE PAULETTE
O UNA BUENA PAREJA MODERNISTA

Recuerdos de la Señora Vizcondesa de Saint Luc
En el Castillo de Garaye (Loiret)

Traducción, edición y notas de sus sucesores
ALBERTO Y SARA
Vizconde y Vizcondesa de Saint Luc

A PARTIR DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN LENGUA FRANCESA

Montreal, Canadá
Lebaucher, librero editor, 1893
(tanto el lugar de edición como el nombre del editor son falsos. Ver prólogo)

Nada de flagelación, nada de juguetes eróticos¹, nada de perros, sólo carne humana, pero toda la carne humana sin ninguna reserva.
La Señorita X*** del teatro francés.

DEDICATORIA

Siguiendo los consejos de mi marido, me decidí a publicar mis recuerdos de placer, que nuestras amigas, que han leído el manuscrito masturbándose, han calificado de «obra maestra de la guarrada», «ideal de la lubricidad», «dinamita del coño», para:

1º Aquellas esposas a quienes sus maridos no enseñan sino a procrear, que no conocen más que la más sencilla y la más pobre de las arias de la inmensa y rica partitura musical del gozo. Quiero satisfacer su curiosidad y su necesidad de conocimiento científico y llevarlas a exigir de sus cónyuges o de sus amantes una ejecución completa de la orquestación del amor.

2º Las Damas cuyos sentidos aún siguen mudos, cuyo clítoris no se ha tensado nunca, que sólo sienten asco por la fornicación, cuyo culo no se ha estremecido nunca de divino gozo. Quiero despertar su alma sexual adormecida e inerte; no quiero que se vean privadas de las verdaderas e intensas alegrías de la vida y de la polla; quiero que les muerda el prurito del coño y las haga rabiar y que como cualquier buena cristiana, puedan hacerse justicia de esta manera: «Mi alma es buena y pura, ¡pero mi carne es la de una sucia zorra!...»

1- El término original es «godmichés».

3° Los hombres *gastados o de avanzada edad, que ya no pueden introducir su verga en un coño sin la ayuda de una cuchara, pues la tienen como un mazapán mojado y blando... Mi libro reemplazará sin peligro a la cantarida² y económicamente, al medicamento reconstituyente de Brown-Séguar³.*

Paulette

2- Polvo de los élitros de un coleóptero *Lytta vesicatoria*, de la familia Meloidae, mal llamado «mosca española» (spanish fly). Su sustancia activa, la cantaridina, es uno de los más potentes afrodisíacos que se conocen, aunque su uso es extremadamente peligroso.

3- Charles Edouard Brown-Séguar (1817-1894) fue un importante fisiólogo que estudió diferentes tipos de parálisis y tratamientos hormonales. Si se le cita aquí es porque suministraba extracto de testículo a varones senectos e inyecciones de esperma (1869). Se adelantó así a los famosos tratamientos hormonales de Serge A. Voronoff (1866-1951) que realizó los primeros trasplantes intra e interespecíficos.

RECUERDOS DE LA SEÑORA VIZCONDESA DE SAINT LUC EN EL CASTILLO DE GARAYE (LOIRET)

Han pasado ya tres años desde esa noche en que, con audacia, siendo yo una jovencita de veinte años, me impuse como esposa al vizconde de Saint-Luc. ¡El tiempo pasa deprisa cuando se es dichoso! Veamos si puedo disfrutar una vez más con el recuerdo, si puedo dejar constancia con la pluma de algunos episodios. Le preguntaré a mi marido si mi memoria es fiel.

¡Pues, sí!, ¡Está decidido!... y empiezo esta misma noche.

PRIMERA PARTE

I

29 de marzo de 1892

El Señor y la Señora de Morlaie, mis excelentes progenitores, daban su acostumbrada fiesta quincenal y yo bailaba el vals con el Señor Maxime de Saint-Luc, un agraciado caballero de treinta años, amigo de la casa, solterón incurable, adorado por las mujeres y temido por los maridos que se afanaban en vano en anularlo en un buen matrimonio. Al bailar, me estrechaba contra su cuerpo y me colmaba de halagos poéticos:—¡Qué feliz soy, me susurraba, de tenerla aquí, cerca de mí, de sentir su aliento,

tan puro! ¡Qué adorable creación de Dios es usted, con esa melena rubia tan vaporosa y esos ojos negros a la vez profundos y cándidos! No es Amor lo que me inspira, es devoción... ¡Oh! ¡Qué no daría yo por poder leer en su alma, por sentir que su corazón late al compás del mío!...

—Vamos, le dije sonriendo, nada de frases, traduzca usted con franqueza esa retórica hipócrita. Lo que desearía es ver mi culo; y en lo que respecta a la unión de las almas, está usted deseoso de follarme; su corazón es ese miembro que me hace sentir discretamente contra mi muslo, y que ha hecho que me *corra* dos veces...

Al oírme hablar así, se paró, muy pálido.

—Maxime, repuse dulcemente, terminemos el baile, sino creerán que desfallece. Noto que se ha corrido y que se empalma de nuevo.

—Paulette, me dijo retomando el compás del vals, puede felicitarse de haberme dejado estupefacto...

—¿Y por qué tendría que servirme de artimañas triviales de novela como una necia colegiala o una burguesa llena de un sentimentalismo propio de Mr. Ohnet?

—Pues entonces vamos a divertirnos Paulette, si yo no le disgusto...

—No me disgusta en absoluto, puesto que más de cien veces me he masturbado pensando en usted; pero soy materialmente virgen, y sólo podrá desflorarme el que sea mi marido. ¿Si quiere follarme, por qué no se casa conmigo?

—Pretendo conservar mi libertad...

—¿Y quién ha hablado de quitársela?... El vals se ha acabado; ofrézcame su brazo para acompañarme al buffet, demos una vuelta por los salones y hablemos seriamente. Yo entendería el matrimonio entre nosotros dos, jóvenes, ricos y filósofos como disfrute común y compartido de

4- George Ohnet (1848-1918) fue un escritor parisino de gran éxito popular. Cultivó el folletín romántico con grandes choques pasionales entre los protagonistas. En España tuvo también gran aceptación. Sus mejores novelas, algunas de las cuales fueron adaptadas para la escena fueron: *Le maître des forges* (1882) y *Au fond du goufre* (1899). Agrupó sus obras bajo el título común *Batailles de la vie*.

todo lo que la naturaleza y el mundo pueden ofrecer que sea bello y sensacional, sin reservas, sin celos, sin prejuicios. Su cuerpo será mío y de todas, el mío suyo y de todos, comunicándonos amorosamente nuestros deseos y nuestras satisfacciones, podremos, agotar juntos y con mutuo consentimiento, todas las curiosidades y todos los placeres. Este es mi programa; he rechazado a veinte pretendientes porque no me parecían lo suficientemente inteligentes para comprenderlo; ¿Lo acepta usted?

Maxime, reflexionó durante un minuto y, resueltamente me respondió: Mañana pediré su mano a sus padres...

¿Mi mano? Observé suavemente, venga ya, qué hipocresía: lo que usted va a pedir es mi coño... Pero, óigame, es conveniente que le deje. El Señor de la Saulaie me va a reclamar para bailar una polka; ya verá qué angelical soy en sus brazos: con él no se conmueve mi clítoris. A propósito, veo que se empalma una vez más y se nota demasiado; más valdría que se fuera al baño y que se aliviara de un golpe de mano, ¡eso sería lo decente!...

II

Dos meses después tuvo lugar nuestra boda; y nuestro matrimonio fue bendecido por el señor Obispo. La víspera mi madre me dijo: Deberías llevar a Monseñor tu ofrenda para los pobres. Arréglate; mientras tanto vamos a enganchar el *coupé*⁵; irás con Mariette (mi joven doncella), que dejarás en la puerta del obispado. Este regalo resultará más bonito si lo ofreces tú sola, en este último día que pasas de soltera.

Deprisa, corrí a vestirme y ya estaba lista cuando me dijeron que el coche me esperaba. Me quedé un momento perpleja a causa de una ligera necesidad... pero tenía que quitarme la ropa y deshacer mi *toilette*,... ¡ah, bah! ¡Ya lo haría a la vuelta!... No me demoraría mucho.

Y nos fuimos, Mariette y yo, charlamos durante el trayecto.

—La Señorita se equivoca, me decía Mariette, al no seguir mi consejo, para mañana por la noche: un poco de loción de Agua de Portugal...

—No, Mariette, sólo la naturaleza. Así te gusta a ti también: sólo perfume Paulette. Incluso, después del baile, cuando he bailado mucho y me he acalorado es cuando te gusta olerlo y aspirar su perfume porque, según dices, es mi carne, mi olor y mi licor lo que aspiras y respiras. Creo que debo dar a mi marido un coño de virgen fresca y no un frasco de perfume.

—La señorita será tan adorable como quiera pero, ¡qué dura jornada para ella la de mañana! Menos mal que habrá un bonita misa con música y un bello discurso de Monseñor a los esposos.

—No creo que vaya a sentirme muy a gusto para hablarle luego; tendría que haber ido al baño antes de que nos marchásemos..., y con la emoción,... te aseguro que me inquieta el asunto.

—La Señorita podría pedirle a la portera...

5- Coche de caballos.

—¡No, no me atrevería! Además, Monseñor no me retendrá mucho tiempo; bastará con que le entregue mi bolsa de cien luses y...

Habíamos llegado; dos minutos más tarde, fui anunciada por un abad y conducida al salón de Monseñor, que me tendió su mano untuosa, de la cual besé, según la costumbre, el anillo pastoral.

—Monseñor, le dije, algo emocionada, vengo en nombre de mis padres y en el mío propio, para agradecerle el gran honor que nos hace al aceptar bendecir en persona nuestra unión; ruego también a Su Grandeza que se sirva aceptar, para los pobres, nuestra pequeña ofrenda.

—Mil gracias, hija mía, por esta bonita bolsa, bordada por ti sin duda, pero no acepto tu gratitud por el trato que dispense a tu matrimonio; considero que cumplo con un deber cuando los esposos son de cristianas y nobles familias, y que la esposa es un ángel como tú.

—¡Oh! ¡Un ángel, Monseñor!

—Mantengo mis palabras, querida. En efecto, miro esa cabeza rubia, dulce, fina y pura, ese cuerpo, ideal... ¿Es acaso un cuerpo como los nuestros, material, con sus necesidades?... No, esa obra maestra de Dios está formada de arcilla celeste, de carne ideal en que todo es bello y bueno.

—¡Ay! Monseñor, soy una pobre criatura pecadora, como las demás y sometida a todas las miserias humanas.

—No lo creo, replicó el anciano cuyos ojos ardientes me recorrían de arriba a abajo. Es imposible que Dios haya manchado una criatura tan bella y tan pura de nuestras villanías. No puedo figurarme que tengas los viles órganos que nos humillan, que comas y que... restituyas.

—¡Pero, Monseñor, desgraciadamente es así! Es seguro que como y que sólo las plantas absorben justo la cantidad de comida que pueden asimilar y no tienen nada que desechar.

Me sentía extremadamente turbada: el anciano obispo me aterrizzaba; su faz estaba congestionada y sus manos mostraban un temblor nervioso, apoyadas como estaban en los brazos del sofá en el cual estaba

sentado, inclinándose hacia mí, que me había quedado de pie. Evidentemente su imaginación le enloquecía; yo, por otra parte, estaba deseando volver a mi casa precisamente por esas necesidades inferiores que él no creía que me pudieran afligir.

—Veamos, hija mía, me dijo, el demonio sobrexcita mis sentidos y mi espíritu, el idealismo me mata; devuélveme la calma y la razón diciéndome la verdad. No quiero de ningún modo ofender tu pudor... la castidad no está relacionada más que con cierto órgano sobre el cual no le haré preguntas. Excúsame la extrañeza de mi pregunta: ¿Tienes un... trasero? ¿De verdad vas al baño?... Y se levantó, uniendo las manos, suplicando, sin dejar de mirar mis caderas...

Asustada, y por otra parte, acuciada por la necesidad, respondí inclinándome: —Es desgraciadamente tan real, que en este momento estoy sufriendo esa exigencia vergonzosa y que estoy deseosa de volver a mi casa... Le ruego pues, Monseñor, que me de su bendición y me permita retirarme.

—¡Oh, qué felicidad!, exclamó él, querida, tienes que aliviarte aquí... nadie entrará hasta que llame con este timbre.

—No me atrevería... y ¿dónde?

—Ven, voy a ofrecerte un orinal digno de ti... nada puede resultar repulsivo viniendo de tu adorable persona; no comes nada sucio y el sobrante que se mezcla con los alimentos que absorbes, está hecho de tu divina sustancia. No podrías hacerme un regalo más preciado que darme una parte de ti misma; que delicia supondrá para mí lo que has considerado bueno, lo que ha atravesado tu cuerpo celeste, ¡y se ha impregnado de sus humores y fluidos!

—¡Oh! Monseñor, yo... ¡hacerlo en su sagrada boca!

—Hija mía, a veces tengo ideas de orgullo, es útil que me humille hasta este punto... ofreceré al buen Dios esta humillación... Voy a tumbarme sobre la alfombra y tú... sobre mi boca como sobre el orinal.

A fe mía, les aseguro, que me sentía muy, muy, muy acuciada y, tras

un segundo de duda, me levanté las faldas y desabroché mis pantalones; pero me vino una idea a la mente:

–Pero, Monseñor, es imposible porque... al hacerlo... yo... yo orinaré ¡y mojaré su sotana violeta!

–En efecto, dijo él, levantándose, ¡es un fastidio!... De pronto, cogió mi bolsa que estaba sobre el velador donde la había dejado, la vació y la abrió del todo.

–Aquí dentro, me dijo presentándomela; la encerraré seguidamente en mi cofre, ¡será un doble recuerdo tuyo!... Y dicho y hecho, se acostó sobre la alfombra, de lado, y ajustó por debajo de mí, en cuclillas, por detrás la bolsa totalmente abierta y por delante una copa de plata dorada, y con ojos ardientes, miraba mi ano que se distendía y la cosa redonda que salía y se enroscaba en la bolsa y, seguidamente, el chorro líquido y dorado que salió despedido cayendo en la copa, y en mi raja anterior cuyos pelitos ensortijados retuvieron algunas gotitas...

Admirable, adorable, suspiraba Monseñor.

Había terminado e iba a levantarme confusa, sin haberme limpiado, cuando depositó sobre la alfombra la bolsa y la copa, me cogió por las caderas y aplicó su boca sobre mi culo y con su lengua se puso a lamerme y a hacerme cosquillas... Con esta excitación, sentí necesidad de nuevo y muy a mi pesar, empujé... Abrió la boca, masticó, tragó y su lengua retomó la labor de limpieza. Creí la operación terminada cuando dejó caer la cabeza un poco debajo de mí, mientras que sus brazos, pasando sobre mis hombros me invitaron a inclinarme hacia delante. Bebió a lengüetadas de mi coño húmedo, masticó mis pelos e introdujo suavemente entre los labios el anillo pastoral, ornado de una amatista, como para bendecir el órgano del amor; seguidamente lo aplicó también al agujero del ano y finalmente, se levantó.

Mientras me abrochaba el pantalón, vi que bebía de un solo trago el contenido de la copa de plata dorada. Cogió entonces la bolsa, la miró con amor, tiró de los cordones y la guardó bajo llave en su cofre.

No sabía muy bien como comportarme tras esta inusitada escena, ni como despedirme.

Monseñor me sonrió graciosamente, y me dijo entonces con un tono un poco triste: «No puedes comprender, querida niña, qué locuras, por momentos, dominan a los hombres y sobre todo a los viejos que fueron castos durante toda su juventud. Excúsalos como Dios los perdona. Me has hecho muy feliz, ¡te deseo toda la felicidad que te mereces! Voy a darte mi bendición, hija mía.» Oprimió el timbre; el abad que me había conducido hasta él apareció y Monseñor le dijo: –Sírvase acompañar hasta su coche a la Señorita de la Morlaie.

En el coche Mariette me dijo: –La Señorita ha estado más tiempo del que creía.

–Sí, Monseñor me ha retenido.

–La Señorita ha debido impacientarse, a causa de su pequeña necesidad...

–¡Oh! Se me pasó, comprendes, ¿por la emoción, tal vez?

Qué más da. Me sentía trastornada, pasmada, una lengua de obispo para limpiarse, todo el mundo no dispone de algo semejante, ¡y no poder presumir de ello! ¡De cualquier forma, los hombres son unos auténticos cochinos! Y va a conservar eso como si de un bien precioso se tratara, Monseñor, en mi bolsa tan bonita, ¡que desde luego no bordé con esa intención!...

¡Y va a terminar oliendo verdaderamente mal mi recuerdo de juventud ideal, de cuerpo celeste!...

Bueno, pues si le gusta, que se lo quede. En todo caso, mi coño y mi culo ya han sido bendecidos: ¡han besado el anillo pastoral!...

III

Al día siguiente, la boda fue soberbia, se había reunido toda la nobleza del país; la catedral estaba llena; no faltaba nada; flores, canciones a cargo de dos cantantes de la Ópera de París, soberbio discurso de Monseñor, que hizo que los ojos de todas las asistentes se llenaran de lágrimas: «se había confiado una ángel a mi piadoso marido; yo por mi parte era una obra maestra de gracia y pureza; juntos, edificando al mundo con nuestras virtudes, iríamos al paraíso, lo que haría que nuestra unión terrestre fuera seguida de una unión celeste.»

Yo también habría llorado, de alegría y de orgullo si no hubiera dicho para mis adentros: «¡Cuando pienso que he cagado dentro de esa elocuente boca!... ¿Habrá este santo obispo digerido bien mi zurullo?»...

En el banquete que siguió todo el mundo le colmó de alabanzas por su emotiva alocución; y él respondía a su vez con ingenio y tacto, condescendiente y digno. Se acercó a nosotros:

—Señor de Saint-Luc, dijo, Dios le concede una gran felicidad al unirle a la más encantadora y la más virtuosa de las mujeres; ¡Si no la llena de todas las alegrías de este mundo, será usted, Señor Vizconde, un criminal reprobable!

—¡Monseñor, le dije inclinándome, sus elogios, que no merezco, me confunden! ...

—No, no, respondió él, estoy seguro de que es usted perfecta en todo, y se alejó sonriente.

—El hecho es, mi querida Paulette, me dijo Maxime, que eres absolutamente encantadora y que me vuelvo loco de pensar que vas a ser enteramente mía...

Esa noche, en un vagón-coupé, mi marido y yo nos dirigíamos a París con Mariette, pues yo había insistido en que nos acompañara en nuestra luna de miel. Había explicado a Maxime que su presencia no

sería de ningún modo un estorbo; «Nunca he visto el miembro de un hombre, le conté y es ella la que me ha explicado exactamente como es, completando de este modo las vagas nociones del asunto que reuní en el convento; es ella la que me ha enseñado los nombres de las cosas que yo por mi parte había repetido en el baile en el cual nos habíamos hecho novios.»

Me es muy devota, diría incluso que me ama; he de añadir que parece dichosa de hacerme disfrutar con los dedos y la lengua. Así pues, su compañía puede resultarnos agradable y en todo caso no enfriará nuestros ánimos... Dime, Maxime, me inquieta desde esta mañana y en lo que respecta a la energía de tu amor: tu pantalón no ha parecido revelar nada a lo largo del día.

—En primer lugar Paulette, te lo ruego, tutéame siempre, en público y en privado; ... en cuanto a la modestia de mi pantalón, entre la fatiga y el aburrimiento de la pompa de la boda, te diría que me esforzaba en mirarte lo menos posible y en no pensar de tu cuerpo, ... sino cosas malas, para conservar delante de los demás mi reserva... Así es, querida mía, mi imaginación se esforzaba por calumniarte, por imaginarte contrahecha bajo la ropa, con la piel llena de manchas. En fin, no quería empalmarme bajo ningún concepto... ¡Pero, aquí y ahora, mira!

Y se desabrochó la bragueta, exhibiendo un miembro soberbio, tieso, vibrando, con el glande desmochado, todo rosa. Curiosa, me incliné para verlo; lo cogí con la mano, lo agité un poco... ¡Era suave y firme, estaba vivo!...

—Tenías razón, Mariette, es muy bello... ¿Y dices que de él sale un licor?

—Sí, Señora, con el que se hacen los niños; se llama semen y yo lo encuentro tan bueno en la boca de arriba como en la de abajo. ¿El Señor me permite que beba un poco?

—Sí, si tu señora te autoriza y a condición de que al tiempo yo me deleite con su elixir virginal, con su crema de virgen.

—¿A la señora le parece bien?

—No, esta vez no, si es tan bueno como pretendes Mariette, tengo el derecho de probarlo la primera.

—Bueno, pues en ese caso, observó mi marido, vamos a hacer un 69. Me voy a tumbar boca arriba, sobre la alfombra del vagón. Mariette, ¡tú debes saber de qué se trata!... Coloca a mi Paulette adecuadamente...

—¡Oh! La señora sabe lo que es un 69 con una mujer; lo hemos practicado a menudo y con un hombre la posición es la misma. Veamos, señora, creo que debería quitarse el pantalón que va a impedir los movimientos del señor... Mire, Señor Vizconde, ¡qué bello coño tiene la señora!...

—¡Oh! Mi adorada Paulette, ¡ponlo sobre mi boca, que me lo coma! Veo tu delicioso coño escondido tras su manto de oro... ¡Qué bien huele!... ¡Ah!, el encantador agujerito del ano muy cerca... tengo que besarlo igualmente... Siento tu boca angelical que aprieta mi glándula... Anda, anda, alma mía, hagámonos disfrutar el uno al otro dulce y suavemente y bebamos nuestros rocíos de amor...

Y mientras que chupo el viril pirulí, miro hacia un lado y veo a Mariette que se masturba, con las faldas levantadas, las piernas separadas, apoyando los pies en el asiento de enfrente. Paseo mi lengua por la verga de Maxime, arriba y abajo, y me la meto en la boca, amasando con la mano sus testículos. Él, mantiene mis pequeños labios dentro de su boca, picoteando con su lengua mi clítoris; y sentí como su dedo intentaba penetrarme, sin duda para asegurarse de mi virginidad, y sus manos errando por mis nalgas, introduciéndose en el surco, toqueteando el agujero del culo. Pero se acerca el placer, muevo mis caderas, apoyo mi coño firmemente contra su boca, haciendo presión con todas mis fuerzas... ¡Ah! ¡Ya viene! ¡Me corro!... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Siento cómo come a lengüetadas el jugo que se escapa de mí. Su miembro se agita, siento algo que sube, grita... aspiro... bebo, pero pierdo fuerzas y me dejo caer de lado. Mariette, que se había arrodillado al final, su cabeza apoyada contra la mía, a dos pul-

gadas del miembro, viendo como el chorro blanco se escapaba, lo recoge inmediatamente con sus labios ardientes y oigo gritar a Maxime:

—¡Oh! ¡Oh! ... ¡Basta, Paulette, es demasiado agudo como placer!... Te lo ruego... ¡Basta!... Me levanto, lo beso y murmuro: ¡Es Mariette la que ha acabado la faena!... Sabe hacer las cosas, ¿o, no?... Has disfrutado mucho... ¡Y yo contigo!

—¡Ah, querida, cuán delicioso es tu jugo, qué perfume tan embriagador!... Ten cuidado, te voy a comer, con lo que te quiero, y te voy a comer toda entera, con tu estiércol y todo.

—Corazón mío, no creas que vas a llevar a cabo ninguna heroicidad, pues Monseñor encontró bueno el excremento de tu currutaca.

Y les conté mi aventura episcopal.

IV

Mi marido había alquilado en París con el nombre de Señor Bernard, en el bulevar Haussmann, un entresuelo muy bonito, que le servía de piso de soltero, atendido por un buen cocinero y por un ayuda de cámara a quien, por supuesto no había informado de su matrimonio para que pudiéramos actuar con mayor libertad. Habíamos decidido que me instalaría allí en calidad de amante. Se lo habíamos comentado a Mariette. Nuestros padres sí que tenían sus propios hotelitos en el Faubourg Saint-Germain pero les habíamos dicho que pasaríamos sólo una noche en París y que nos marcharíamos a Italia y allí nos quedaríamos durante uno o dos meses.

Maxime le había escrito a su ayuda de cámara para que tuviera lista una cena al filo de las once y para que enviara un simón⁶ a recogernos a la estación.

A las once menos diez, ya nos encontrábamos los tres en el coque-to entresuelo, bien caldeado y con la mesa puesta en el comedor. Antes que nada fuimos a asearnos: un baño perfumado nos esperaba en un suntuoso cuarto de baño y en él nos introdujimos...

—Mariette, dijo Maxime a nuestra compañera de viaje que me había ayudado a desvestirme, báñate con nosotros.

Y en el baño de mármol blanco mi marido toquetea mis senos y mis nalgas y algo también el coño de Mariette; yo, por mi parte, sobaba los huevos y la verga de Maxime que se ponía erecta... ¡Un auténtico masaje mutuo en el agua!...

Tras habernos aclarado y secado con toallas calientes:

—Es inútil que nos volvamos a vestir, dijo Maxime, aquí estoy siempre desnudo así como las mujeres que traigo. Mariette y mi ayuda de

6- Coche de alquiler cerrado tirado por un solo caballo.

cámara no deben estar vestidos, al igual que sus amos. Es la casa de la naturaleza.

–Pero amigo mío, observé... es que no tengo costumbre,... verdaderamente me da reparo.

–Querida mía, sé filósofa; además aquí eres sólo mi querida; acepta mi brazo y pasemos a la mesa.

En el comedor, encontramos al ayuda de cámara, un soberbio morenazo, que nos esperaba completamente desnudo, con una servilleta colgando de un brazo; así empezó la cena, servida solemnemente por Jean y por Mariette, los dos en cueros. –Una vez satisfecho el apetito, a los postres Maxime se dio cuenta de que Jean está muy empalmado ... ¡No pude evitar ponerme toda colorada!

–¡Pero bueno, Jean, le falta usted el respeto a la señora!

–El señor me perdonará pero no he podido evitar mirar a la señora y ¡es tan bella! El señor sabe que toda nueva dama que llega me produce inevitablemente este efecto.

–Vamos a ver Mariette, ocúpate de abatir esta verga que además, como puedes ver, es magnífica.

–Con gusto, pero, ¿de qué forma he de proceder según los deseos del Señor?

–Pues como queráis los dos.

Me incliné hacia mi marido aferrando su cola, llena de entusiasmo y suspiré muy bajito: «Nunca he visto a un hombre eyacular, ni examinado de cerca la simiente humana. No podrías pedir que Mariette le hiciera una paja para que descargara en una copa de champaña.»

–Jean, ordenó mi marido, acerca aquí tu pito; Mariette, muéveme esto y haz que se corra en esta copa; venga a trabajar, con fuerza y delicadeza a la vez.

Y Mariette, delante de nosotros, coge el miembro con una mano y con la otra juega con los dedos sobre los testículos.